

SOBRE LA TIERRA DE LOS MUERTOS

Lic. Juan Sabines Guerrero
GOBERNADOR DEL ESTADO

Mtro. Alfredo Palacios Espinosa
DIRECTOR GENERAL

Lic. Marvin Lorena Arriaga Córdova
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Lic. María Luisa Dighero Gutiérrez
DIRECTORA DE PUBLICACIONES

Javier España

SOBRE LA TIERRA DE LOS MUERTOS

© JAVIER ESPAÑA

CUIDADO EDITORIAL

Dirección de Publicaciones

DISEÑO

Mónica Trujillo Ley

FORMACIÓN ELECTRÓNICA

Mario Alberto Palacios Álvarez

CORRECCIÓN DE ESTILO

Roberto Rico

PORTADA: *Cada quien su muerte* (detalle)
DE GONZALO UTRILLA

D.R. © 2008 Consejo Estatal para las
Culturas y las Artes de Chiapas, Bou-
levard Ángel Albino Corzo No. 2151,
fracc. San Roque, Tuxtla Gutiérrez,
Chiapas. C.P. 29040.

ISBN: 978-970-697-229-3
HECHO EN MÉXICO

PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA JAIME SABINES 2007

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LAS ARTES DE CHIAPAS

2 0 0 8

*Los que tuvieron que ver con las cosas nada dicen
de su desgaste ni de su ceniza, pero este alto vivir en
marcha sobre la tierra de los muertos...
Y la tierra hace su ruido de mar a lo lejos
(sobre los corales,
y la vida hace su ruido de zarza ardiendo
(sobre las cimas.*

SAINT-JOHN PERSE

Contenido

HOJA SUELTA	13
I (PRIMER SILENCIO)	15
1	16
2	18
3	20
4	22
5	24
6	26
7	28
8	30
9	32
10	34
11	36
12	38
13	40
14	42
15	44
16	46
17	48
18	50
II (SEGUNDO SILENCIO)	53
1	54
2	56
3	58

4	60
5	62
6	64
7	66
8	68
9	70
10	72
11	74
12	76
13	78
14	80
15	82
16	84
17	86
18	88
19	90
20	92
III (TERCER SILENCIO)	95
1	96
2	98
3	100
4	102
5	104
6	106
7	108
8	110
9	112
10	114
11	116
12	118
13	120
14	122

15	124
16	126
17	128
18	130
19	132
20	134
21	136
22	138
23	140
24	142
25	144
26	146
27	148
28	150
29	152
30	154
31	156
IV (ÚLTIMO SILENCIO)	159
1	160
2	162
3	164
4	166
5	168

Hoja suelta

NADA SÉ de Alejandría.

Porque nunca la he visto

ni he soñado su biblioteca (lo que la hace más irreal),

yo, el nacido en este sitio, el fuego,

sólo intimidado a mi nombre con la palabra que arrastra el

[viento ciudadano,

rodeado por vosotras,

mudas, llenas de presentimientos

muchachas-gatos que pasan sobre mi cadáver.

(¡Oh, ninfas, catadoras de la noche semental,

verdaderas *hijas del desierto*, denme la oscuridad necesaria

para enceguecer mis manos con su piel de luna húmeda!).

Pero si el anochecer abre la fosa común para tragarme,

o me contempla como un profeta de vientre desgarrado,

también puedo apestar me solo,

como Apolo escupió, alguna vez, sobre la temerosa razón,

como Dionisio, al azar, rasgó a la piedra un destello

[desconocido.

Ni mi didajé bebido con gargajo humanista me salva de la

derrota, ni me interesa.

Debo ocultar el otro fuego, el Otro,
y desangrar su tiempo asesinado;
erguir los muros más altos
para guarecerlo de la memoria
y que nadie sepa lo que no fuimos.

Por esa luz que se niega nacen dos voces a un mismo
[tiempo:
El silencio y la réplica: el rostro y el espejo: el vuelo y
[la caída:
el nombre y la nada.
Aunque el canto divulgue al ser con su incendio
y desgarre su garganta de responso ebrio,
sólo debo callar, solo,
en medio de las horas y la espuma de la tarde,
ahogar en la ola más cercana su voz de ocre,
romper, romper esta página, todas.

I (Primer silencio)

...somos nosotros los únicos escombros

ÁLVARO MUTIS

1

ENTRE VESTIGIOS y rumores vastos,
garabateo y finjo desmemoria:
ser la sangre y su fuerza murmurante.

Desconozco la tribu que me nombra.
No soy la voz de nadie en la espesura
ni el reflejo de luna milenaria.

Después de tanta muerte avasallante,
tanto es el miedo casto que ensordece,
y tanto es el oprobio y el castigo.

En todo este silencio de palabras
acuno toda la vergüenza eterna:
Alejandría en fuego, sacrificio.

*(Afilo la navaja de afeitar para otro destino,
aquí, en esta imitación de casa,
cerca de la cocina fantasmal y virgen,
junto al baño barnizado por el vómito,
frontal al dormitorio que no duerme.*

*Sin el otro fuego,
este sitio es Alejandría, Copenhague, Somalia,
Mozambique, Barrio Bravo, lupanar de mi niñez
o cualquier parte:
un lugar para morir.*

*Pero sobrevivo a la noche como un gato
y así me deslizo por el día obscuro.*

*Acuño la ebriedad de ayer para resistirme,
ahogándome entre verdades de cuervos sarnosos).*

2

VISLUMBRAMOS el pánico del día
desde solar ceguera que nos llaga.
Toda culpa consuela a falsos hijos,
agridulces victorias que embalsaman
la inclemente mentira de decirnos.

Nada es aquí, sino el escarnio.

De noche, Alejandría es cualquier sitio,
ominosa balanza de virtudes
que entreteje el sudario de los huesos.
Allí nació la muerte, allí su historia,
desde el humo rojizo que nos ciega.

Nadie es la luz, sino la sangre.

*(Nuestros hijos heredarán
toda la mierda convencional y el miedo,
aunque nazcamos
ocultos en otra tierra,
frente a otro mar más verde que azul,
más cerca del olvido que de nosotros mismos.
Aunque olvidemos las palabras que nos mintieron
desde la primera noche sin labios.
Nadie puede librarse de la viruela ni del vacío.*

*Pero ya basta y no basta. Sigo enterrado
entre las brasas de la rutina coagulada. Y hablo.
Mi boca es en el fuego solo:
pan sin Dios, licor barato, ceniza de qué).*

3

En DOBLE día, doble muerte, garra
asida en el espejo tributario.

En doble rito, pretender el alba,
rasgar nuestro pasado con el tedio.

En doble fingimiento de la furia,
quisimos ser pero fraguamos nada.

En doble templo erguimos la escritura:
una, fue luz; otra, sentencia en humo.

En doble verso se condena el otro,
fosforescencia breve entre dos noches.

*(Los graznidos que nadan en mi cerebro
anuncian que no existe el carpintero Ernst Zimmer
para salvar al loco de Tübingen que no soy.
Pero desgarran con voz torcida ante los espejos:
“Desde que naciste,
es decir, de tu cero al infinito nauseabundos,
traicionaste la fe de los mayores”.*

*Los graznidos regresan.
¿Cómo se llaman esos pájaros que nunca mueren?
Los he visto desde el rostro del obrero que fui,
desde la orilla de un hombre cotidiano,
desde el murmullo del viento proscrito que me ha olvidado.
Aunque sea en fragmentos,
la ciudad se multiplica en cada charco. Y en ninguno estoy.
O no puedo recordarme.
¿Cada trozo de agua no es toda la ciudad?
¿En dónde no vivo?
Vuelve a llover).*

4

ARDIÓ LA biblioteca alejandrina
ante el fervor de túnicas patriarcas.
El instante de un sueño fue vencido
por el espejo de no ser enigma.

Parábola de insomne reincidencia
perpetra el juego de los enemigos:
palabra, dagas, lluvia, nombradía
de la culpa, clamores de la insania.

Desde el azar de suerte humeante, el rito
recomienza a dictar lo que soñamos:
la desnudez del faro ante la luna,
ufana de la noche y su espejismo.

*(No cede afuera el aguacero. Ni adentro.
Cae sobre mí la lluvia más imbécil.
Otra vez el suicidio fallido:
simulacro perverso.*

*Un último cigarro me desgarró el ansia,
fumo a Dios, al amanecer más impúdico que yo.
A destiempo he de morir, es decir, a tiempo.*

*Sin memoria, de nada sirven las palabras.
No recuerdo los nombres de quienes me escupieron al nacer
¿Madre, viento, lluvia, vida, Dios?).*

5

EL OTRO fuego es en mi boca un muerto;
nace en la tarde, enmudecido en roca,
vive hacia dentro de la fiebre anciana,
en el origen de preñez ansiosa
que a solas rompe su mordaza y habla.

Desde mi piel respira el desamparo
y crece en su destierro la blasfemia
de un rostro que me olvida sin mirarme,
como un doble espejismo del temor
ardiendo ante su impúdica destreza.

*(Hay preguntas que comparto con los perros,
lamentaciones que orino entre los basureros,
olvidos que desangro sobre mis ampollas.
Y todo se convierte en una imprecación desierta.*

*Qué necesidad, Vida, de seguirte a ciegas.
Maldita puerca, no debí amarte nunca.
Qué necesidad, Vida, de que seas mi Jeanne Duval,
de beberte junto a la buhardilla turbia y sorda
y de olfatearte el trasero hasta la muerte).*

6

EL AYER es fisura, sembradío
de ruinas sobre el polvo de las noches.
Aquí se esparce en sacrificio falso.
Aquí, en la nada que carcome el vientre
del mediodía yermo y prometeico.

La unánime inclemencia de los huesos
destella como un faro enloquecido
por el grito de barcas moribundas.
¿No son las horas ciegas su locura,
musgo de la razón en duermevela?

La humillación se aferra al crudo escarnio.
¿Cómo lavar mi herida entre la sangre
y asir sin manos el dolor que vuelve?
Junto al derrumbe de las otras voces
sueño a Alejandría: el otro fuego.

*(Ya nada importa si despierto a solas
o entre los muslos de la vieja puta
que se eriza con mi palabra más flaca,
como la rata apasionada que nos ve morir.*

*Pero aquí nunca es el paisaje egipcio.
Y esta brisa leve viene a mí
desde la entrepierna hedionda y salvadora
que me brinda una sonrisa desdentada.
Aquí, el mar sabe a otras historias
que nunca terminan de morirse,
a luna desgarrándose el vientre sin vástagos).*

7

CORREN LOS niños por la plaza vieja,
aderezan el aire de la tarde.
No puede ser –maldigo– tanto miedo;
complicidad de ciegos proclamando
su fe de ser la descendencia muerta.

En medio de la calle muero en otros,
atenazo los días indefensos.
No quiero describir el estertor,
mi cuerpo deshojado por el frío.
Pero es siempre la cita con el fuego.

Tocan puertas los siglos, las pasiones.
Se calcina una lluvia desde lejos.
No hay escondite cierto para nadie.
Borro la voz, tan frágil, de mi azogue:
sol nocturno que habita tras los labios.

*(Me retuerzo como un viejo macho cabrío.
Agoto el luto de todos los hombres:
extraños insectos que viven en mi boca.
Los escupitajos marcan el camino a seguir
y echo a andar mis zapatos carcelarios
que se alunan con la tonada de los excrementos urbanos.
¿Hay otra noche para el cobarde,
para quien guarda su vida en un retrete
y gime su secreto por los cielos de los vencidos,
asco sin patria?)*

*Ven, hoy te necesito, Vida, perra mía, sarna de mi sarna.
¿Quién conoce mejor mi muerte sola?).*

8

EN OTOÑO descubro mis señales;
trazo en mi voluntad un falso atisbo
de vislumbrar el orden sin escarnio
donde bebo mi sed que no se muere.

A la orilla de un nombre que me invoca,
otra máscara hacina su sentencia.

Pero no es río un rostro que murmura
ni dádiva inmortal su infiel memoria.
Como larva tenaz de la costumbre
es la búsqueda ausente hacia el vacío.

Y la sangre fracasa en cada cuerpo,
en cada vena que se rompe a solas.

*(Tan sólo por marcharme dije adiós
y el becerro berreó
y la vaca mugió
y el gallo cantó tres veces
y la puta hizo gárgaras con mi desgana
y la muerte fingió un poema.*

*No hay más balanza sobre el fuego
ni más allá que vivir o morir
resurrecciones sin indulto
para los adoradores de la mierda de todos los días.*

*¿Y el perdón?
A veces es carroña,
placer de buitres, tripas de gato, jah!).*

9

ANUDO UNA mordaza a mi intemperie
 donde la aventura es un faro roto,
 una mirada en mástil de ceguera.

Insurrecta es la imagen de la herida.
 Temo ser escuchado por la luz,
 por el mar –otra luz– que me delata.

¿Pertenece a la noche Alejandría?
 Se desnuda su sombra en el olvido,
 y frente a la luz –otro mar– reclama.

*(Pertenece a mi muerte la vergüenza de no sentirla,
 a mis raíces el alcohol que me seduce con su boca infinita,
 sin miedo de estar desnudo ante la nada
 a punto de reventar.*

*Ni una sopa de verduras casta y enmohecida,
 ni un dios sabelotodo, ni la piedad olvidadiza,
 me hicieron borrar las otras vidas;
 ni el caldo de res regalado,
 ni la esperanza más gonorreica me sanó de mí,
 de los muros envilecidos por el discurso del mercader sagrado
 que depositó su canto de membrillo amargo en
 [mis cloacas cerebrales.
 En mi memoria caben todas las muertes. No el olvido).*

10

UNA CERTEZA apaga este misterio,
urde la cercanía de lo frágil
con vocablos sangrando por los muros.

Allí reconocí la oscuridad:
artificio heredado por el tiempo.

Otra verdad incendia otro misterio,
puebla de luz al transitar insomne
donde el nacer proscrito finge un alba.

Allí sobreviví la claridad:
espejismo hilvanado por el miedo.

*(Siempre es aquí, burdel de los pronombres, barro sin destino,
lejos la sombra de la madre.
Siempre el sur del fuego.*

*Mientras platico con el cigarro asmático que me fuma,
el trasnochador baño de la cantina
se desborda de fraternos orines y humaredas.
¡Ah, olores y colillas divinas! ¡Venga el canto!
¿No es la palabra
salvación del infierno y del cielo?
¡Una carcajada ahogándose en las venas!*

*En este paraíso de rimas reumáticas y lustrosas,
todas las miradas sonríen al brillo oscilante de la dádiva,
cerca del humo burgués y sin el bisoñé de la fe de los enanos).*

II

TOCO EL caos en todas las palabras,
como amante espejismo de la aurora
donde el rojo derrama su mentira.

En el sendero, allá, de certidumbre,
el crepúsculo es otro, la distancia
que se tiende en la sombra de los sueños.

Entre dos dudas vespertinas finge
el silencio no hallar su desatino,
la certeza de flama pervertida.

No basta pronunciarse en la impostura,
inmolar nuestras manos entre el tiempo.
¿Podrá salvarnos el olvido? ¿El odio?

(No puedo ser Dios, lo sé, carajo.

*Casi me pongo a llorar sobre mi hombro,
ante mi cadáver que no termina de morir
debajo de una axila casi egipcia
que huele a arena movediza, a gargajo etéreo.*

*Bebo cerveza, creo, y es igual si es la lluvia.
Si la noche vino a pudrirse en mí,
sin ningún amanecer perdido que me proteja, no me importa.
Sigo sudando la última pesadilla dictada sin espejos.*

*He muerto de cirrosis, de falsa poesía, de asesinos sin luz.
Pude morir de amor, es decir, sin nadie).*

12

DESEMBOCA a mitad de un lapidario
esta palabra que en la noche expira.

Vaga desde la voz el mar en sangre
donde encalló su fuego Alejandría.
Toda condena tiende a los confines,
al secreto de ríos encontrados.

Más distante que el hoy es la humareda,
recinto de agonía lo pactado.

Antes la fe, después silencio solo,
como se escuda el ego de los dioses.
Así, los labios ciegos se entreabren
para dictar el horizonte en llamas.

*(Me toca, para reconocermé,
con un golpe amarillo en el hombro izquierdo,
cerca de la cabeza que malogra los sueños.
Es el viejo que vio envejecer y morir a mis abuelos anónimos;
sabe de los dioses ahogados en la cobardía
y de la barca pequeñísima de mi padre muerto
donde sólo cabía el grave sol y su hambre aferrada al miedo
sobre el horizonte de un mar verde-lejano.*

*Debí ser otro,
otra manera de morir desde la infancia).*

13

TODO ES suplicio en torno a la promesa.
Incineramos páginas del tedio
para acallar el eco del quebranto.

En el tumulto de los dones frágiles
se incrusta la ironía y su presagio:
serpiente que disputa su dominio.

Escombros y pavor, la descendencia.
En sola adversidad de lo erigido
se disipa la luz que no perdona.

(Sólo en la vida conoces a la vida, oscuro fuego.

*Mi padre murió de cáncer en el hígado.
En una clínica pudorosa,
un hombre –que nunca seré yo– le cerró sus ojos.
¿Les dije a todos? ¿A los poetas, al carnicero, a cada puta?
No fue en el faro de Dios, ni en el edén perdido,
ni en Alejandría.*

*Así miro a la muerte, lejos de las letras, sin voz,
como los ojos cerrados de mi padre.*

*Antes que recuerde más,
te pregunto, beso de serpiente dulce, Vida:
¿Quién soy el que habla?
¿Quién es el pronombre que dejó de pronunciarme?).*

14

NO PUEDES refugiarte en ningún cuerpo,
 en sótano sin luz o sombra inicua.
 El torrente enemigo apremia el pulso
 que en brasas de esplendor incendia yermos.

No puedes extinguir el odio mismo
 de ser a cada encuentro la deshonra,
 ni el exilio inmortal de la pregunta
 que en el verbo corteja su epitafio.

No puedes olvidar de Alejandría
 la premura de asir el exterminio,
 como el destierro de azaroso rayo
 que a la intemperie niega su prodigio.

*(No puedes desangrarte en otra herida,
 sino en ti,
 como perro infiel de Dios,
 pudriéndote en cualquier noche.
 Por eso Alejandría debe existir en todo sitio,
 en la esperanza violada de los hombres,
 en el mar alcohólico de las doctrinas,
 como nombre de salvación o de cantina,
 en medio de los nombres y su desmemoria.*

*Esta ciudad –de certera inexistencia– se empaña.
 Ahora es sudor seco de las palabras perdidas,
 flema disecada sobre el lomo de los vacíos.
 Una ciudad siempre es un ojo abierto).*

15

NO PASAN más los días de la cólera,
sino cadáveres pudientes, ávidos,
que desgarran la sed del horizonte.

Con los ojos abiertos, grave el miedo
se ampara en la demencia del instante,
en cicatriz del fuego alejandrino.

Así será el tiempo desde esta noche:
no habrá ningún postigo hacia el estruendo,
y ciega nacerá la nueva muerte.

*(Vivo y no vivo aquí, ciudad, aldea, ubre masticada.
¿Nadie puede entender
que no me fui a ningún lado,
y aquí sólo es lejos de mí?)*

*En esta incertidumbre
mordisqueo mi dedo meñique, mío,
tan pequeño como yo, casi nada,
sabe a teta vacía, a callejón sin Dios,
a sentencia de la vida rancia.*

*Soy el último hombre,
ese pálido fuego,
el que sabrá la última verdad
que a nadie importa).*

16

HEMOS DICHO “el pasado” y es la música
la luna que atesora en sus cerrojos
la sangre manantial de la palabra.

Es la memoria sola pesadumbre
porque no hay sílabas en diestro oficio
para acuñar lo estéril de la insidia.

Baluceante es la forma de los nombres
si negamos la vida con espejos.
Sólo así sostenemos los andamios.

¿La insania racional es el crepúsculo
que posterga en ayer a Alejandría,
aunque el incendio no se apague nunca?

(Se pudre la carne en su acertijo derrotado.

*Miro y miro esa nuca que no se acaba.
Como un tumor ante mis ojos jadea
y salta sobre mí, casi gata sudorosa,
esa nuca boquiabierta y ya saciada que me pone a distancia,
se aleja como la suerte
y me dice: “apestas, vida muerta, entierra tus ojos
y no te levantes”.
Desde lejos le hago un guiño.
Y bebo otro trago).*

17

HAY NOCHES de oquedad en la alborada,
 en pleno día duermen los cadáveres,
 aquí o ahí, doliendo ante el espejo
 cada trazo del rostro torturado.

Porque la luz se extingue de sí misma.

Desde un linaje corrompido en tiempo,
 la oscuridad es nuestra piel despierta
 en el advenimiento de nacer:
 lunaria brevedad de nuestra carne.

Porque la muerte signa su apotegma.

*(Cuando el sudor se escurre por mi cuello,
 pienso en cualquier doctrina, mojigata y titubeante,
 que sólo se atreve a existir en un lamento que se derrumba.
 Y rumio desde la grasa incomprensible de mi cintura:
 "Ah, la esperanza de morir para todos".
 Más plural ni el viento que se cuele
 por la puerta de la cantina terca, que no se cierra
 nunca
 y que maldice cada surco de los rostros,
 uno a uno,
 donde pueda caber una suerte,
 donde husmean las viejas prostitutas,
 esas buenas costumbres que nos salvan
 de la piel de los espejos).*

18

UNA INSCRIPCIÓN de fuego en nuestras manos
deletrea el destino que me ciñe:
en él pernocto sin mirar el alba,
y mis ojos no son Alejandría.

Invoco, en fiebre adulta, la incendiaria
memoria que devasta certidumbres.
Así transcurro sin mirar el alba,
y mis pasos no son Alejandría.

Duele más el azogue que la luz
cuando es creciente el río de la sangre
que aún pervive sin mirar el alba,
y mis manos no son Alejandría.

¿Qué sueño es este que me arroja al sueño
y retorna y retorna y me contempla?
Allí despierto sin mirar el alba,
y mis labios no son Alejandría.

*(Es el alba.
Ahora limpiaré de mi camisa
los vómitos dolientes de la noche.*

*Aquí estamos.
El muerto y yo.
Solos.
Mirando nuestro cadáver).*

II
(Segundo silencio)

*Tantos siglos y días deberían
haber todas las cosas consumido*

LUCRECIO

1

INSEPULTO ES el credo de la historia,
grita crimen a crimen su legado.
En certero dictamen de ser sangre
abdica a paraísos de la noche.

No sostiene a la sombra ningún faro
ni el perdón es umbral para la espera.
No se posterga más lo presentido:
epílogo del humo en la escritura.

En nocturno intersticio de palabras
se disuelve el fragor del infortunio,
dádiva de la nada, silabario,
esperma minuciosa de la muerte.

*(Entre dioses y moscas hemos vivido toda la vida.
Con matamoscas y matadioses hemos sobrevivido
[toda la muerte.
¡Qué desperdicio de furias y soledades!*

*Sé cuál es la musa para los muertos de mañana:
una ciudad –que nunca se ha llamado Alejandría–
rancia y perfumada, jugosa y turbia,
alma desvencijada, vagina del diablo.
No voy a emborracharme de su gloria;
su fulgor cabe entre los dedos de mi pie agonizante.*

*Allá, en una de las puntas de la ciudad,
un delirante molino de veleta
se ahoga con el canto de los pájaros vespertinos).*

2

EL SUEÑO, Alejandría, se congela
 en la ciudad que plagia tu vigilia,
 en el sitio impostor de las verdades.

La ciudad no es el mármol silencioso,
 sino la hoguera oculta tras el miedo
 que aguarda en la destreza del verdugo,
 más allá del poder y su cadalso.

El sueño, Alejandría, nunca olvida
 su lenta muerte de Narciso ciego,
 huye de ser para encontrarse siempre.

*(Belfos míos que eructan.
 ¡Escuché versos?*

He perdido la cuenta de mis años.

*No conocí a todos mis muertos
 ni al Caín que me asesinó un viernes de junio.*

No he estado aquí nunca.

Nunca en ninguna parte.

*Acaricio en secreto mi última moneda
 encontrada en la prehistoria del fracaso interminable;
 desahogo mi vejiga traicionera
 ante la desatención de un puñado de público ebrio
 que observa cómo dos hombres en riña se rompen la madre.*

No soy testigo de la razón ni de la fe.

Otros ácidos vienen y van;

devoto del éter, vuelo.

Otra muerte inaugura el día).

3

ANTES DEL fuego el orden no sabía
 de la ausencia futura de la piedra.
 Faro tras faro, en la memoria albeaba
 el respirar más leve de los tiempos.
 La suma oracional del universo
 crecía desde el trazo de Apolonio.
 Donde la luna fue papel trazado,
 ahí nació sin tiempo la palabra.
 Así la lejanía funda el hoy,
 la aurora de la muerte que se olvida.

*(No me puedo largar de aquí,
 dejar estos muertos maduros
 que sólo conocen su nombre. Y el mío.*

*Cuando contengo la respiración
 puedo mirarme sin desdén,
 y no soy el guardián bibliotecario
 de esta ciudad sitiada por el mar
 que nunca ha sido el Mediterráneo.
 Una frase se sacude entre mis sienes:
 “Perdiste tu presa, cazador ciego”.*

La cagada filosófica de las palomas me dice más:

Hundirse en la ebriedad es una pasión

una sola

Hundirse

en la soberbia

en la nada

en la mierda

Hundirse es la palabra clave

para entender la muerte de nuestras respiraciones baratas).

4

OTRO SOL urdirá sin rostro al tiempo,
 y nunca zarpará la muerte al viento.
 Otro dios inventará el nombre *Dios*
 desde un temblor cercano a la memoria:
¡El otro fuego, el otro fuego! –un hombre
 exclamará sin luna en la mirada.
 El torrente de teas dolorosas
 caerá entre los pliegues y la sangre
 de cada piedra humana sin respuesta.

Ante el vuelo enmudecido de un pájaro,
 el mundo perderá su arquitectura
 de música en palabra encarnizada.
 Todo será rumor en el ahora,
 savia de yugo amaneciendo aquí,
 en pleno mediodía, en vasto siglo
 por morir, que se nutre de neblina,
 sin el faro encendido de la costa
 que salve nuestros días, nuestra sombra.

*(¿Quién es el fuego, el que transpira
 como mujer obesa o prostituta vieja?*

Si el otro fuego me despierta, seré yo.

*Al lado de mi memoria, en un rincón podrido,
 alguien dice que fue boxeador y masculla a media voz:*

*“¡Oh, luna, pirujita,
 puedes irte ahora;*

*hoy no tengo ni un centavo
 para darte”.*

*Vomito una y otra vez sobre mí y emerjo
 como un nacimiento inaugural de noches sin sueño. Y canto:*

“¡Oh, vida, pirujita...”).

5

LA PALABRA al Oriente: Alejandría,
razón de los papiros luminosos
donde el celo de Zenodoto aguarda
que se cumpla cualquier destino aciago.

Un presagio al Poniente: Alejandría,
el músculo de ser en cada giro,
el anhelo y fragor que aún fecundan
desde el sofisma amar, leve promesa.

Al norte, al sur, en cada vuelco humano,
es siempre Alejandría abrevadero,
luz por vez primera, estación de arena
que reencuentra en el mar al hijo ausente.

Alejandría, Alejandría, en ansia
de remero se hilvana el espejismo:
aspiración helénica que ignora
la orilla del estar, la sangre eterna.

*(¿Qué es un ciervo en medio del asfalto? ¿Un hombre?
A lo lejos un campanario golpea sus omóplatos hediondos,
y escucho la pestilencia que lame mis oídos.
Amanece en la noche de los hijos putrefactos:
“¡Tan-tan! ¿Quién es? Es el Diablo”,
¡tan! la muerte,
¡tan! la muerte,
nunca suena distinto
y el cielo se emputa
porque me vio nacer
y se quedó ciego).*

6

DOBLE NOCHE, dos rostros, una muerte.
 El quejido lejano de la arena
 —porque arena es el verso que la nombra—,
 permanece cercano al fuego hediondo
 que escancia su veneno entre los ojos
 sabios de la mujer más navegante.

¿Quién sabe de la piel oculta en Dios,
 esa página escrita en la memoria
 falsa, en ti, en el nosotros, en el cieno?

La impureza de estar en el olvido
 (doctrina interrogante que transita
 sobre el duelo infinito de la aurora)
 restaura en breve historia manuscrita
 la liviandad del nunca simulado,
 que fecunda a la meretriz del miedo.

*(Otra vez veo a un cervatillo aterrado por la ciudad,
 removiendo y moliendo con sus cascos de viento temeroso
 el azogue falso de las certezas.
 Lo apresan los aullidos de nuestra calle parturienta:
 ese pronto dolor que acosa
 con su arco iris doble de atardecer geztiano
 y nos revienta los testículos como peces secos de alfarería.
 Abro mis ojos. No ha amanecido nunca.*

*Ojalá que alguien despierte
 y deje de soñarme dentro de esta náusea).*

7

AZAR SOMBRÍO, invalidez del faro,
coloquio sin hipérbole, sin eco.
Sólo así, pertrechada por los siglos,
se empecina la farsa en su vigilia.

Enardecido en sepultura, el fuego
vuelca su piel en la ebriedad desnuda.
No basta la inscripción de una victoria
sobre el mito presente que desgarrá.

Evocar es instante repetido
entre labios de ardiente pesadilla,
escudo vulnerado por la ausencia
que devora murallas vacilantes.

*(De nuevo el otoño y sin palabras.
¿Las consumió el fuego o el alcohol?
Agoniza un paisaje más huérfano que yo,
como un puñado de peste que se arranca de la tierra.
Mis hijos –que nacieron para olvidarme–
nada saben de mis muertos,
de estos senderos infectados
donde un día amanecí sin mí y me largué.*

*Me desdeñan los transeúntes.
Soy el punto de su ligereza al reencontrarme.
Algunos se cubren la nariz y la boca,
otros voltean hacia paisajes imposibles.
Es lógico. Tanta nada amontonándose:
reflejo en la astilla que no miente.
Temen contagiarse de sí mismos).*

8

VOCES TRAS el secreto descubierto.
 La página silente, ya imposible,
 quema su piel en la impostura inerme,
 en sucio olvido que desgarrar a solas.

Aliento tras aliento, sólo palpan
 los adagios verdades inconclusas,
 como el faro enfermizo de la noche
 que pregunta y pregunta sin oídos.

Así la muerte fecundó en el fuego
 para forjar a Alejandría en nada.
 Pero el presagio sabe de la niebla
 que es luz en punta de una lanza rota.

*(¿Quién imita a mi cuerpo,
 camina tras de mí,
 escribe en letra muerta?*

*He perdido mis manos en cualquier muerte,
 en la ternura secreta de los suicidas,
 en un rostro que nadie ha visto.*

¿Qué muerte me vive tras el ocaso de esta puerta?

*La pasión es un monólogo de insectos que se ha olvidado
 de mí,*

hablarme sobre la tierra de los muertos.

Hace tiempo tuve palabras.

Ahora escribo en el hielo:

“No hay lugar seguro

ni un solo instante para ocultarse.

Todo empezó y terminó una noche,

cuando salí en busca del mar

o de una mujer

y me perdí”).

9

CON EL amanecer calla el silencio.
La nocturna creación fue derrotada
al pie de la escritura: sola sangre.

Cuánto de olvido cabe en los despojos,
en la herida insepulta del desvelo.

En ráfagas de luces viene el sueño,
doblega a las más sórdidas deidades:
los refugios fallecen con el alba.

Cuánta ceniza tras la puerta vasta,
tras la mirada de algún faro muerto.

*(Soy yo mismo:
única condena que padezco.
Aguardo sentencias
en cualquier agujero
de no sé qué vida.
Me llamo en silencio.*

*Digo nombres que no escucho,
pienso en nada
y miro mis manos que se secan.
Soy yo mismo, impostergable.*

*No pude ponerme a salvo de las palabras.
Y fui derrota, lluvia nocturna, fango.
Después del silencio,
después de ser todos los hombres,
supe que el juego había terminado).*

10

GEOMETRÍA del tiempo para Euclides.
 O solo un mar que multiplica el faro.
 Así, del infinito parten horas,
 mediciones perdidas en el viento.

Un vigía tras otro, atisbo ufano,
 miran caer la noche sin saciarse.
 Así, del infinito parten barcas,
 heridas de las olas sin regreso.

La vigilia de Euclides se bifurca
 en instante de muerte paralela.
 Entonces, el azar desde dos rostros
 traza el origen, su derrota suma.

*(El escurridizo viento se desangra sobre mi osamenta.
 ¿Quién puede decir más secretos de la fragilidad muerta?)*

Tarareo:

*“Te perdono, alcohol,
 a tu laberinto de fe.*

*Te perdono, palabra,
 a tu espejo sin rostro.*

*Te perdono, Dios,
 a tu verdad de espaldas.*

Pero a mí, enemigo desamado,

aunque estés muerto,

no te perdono”.

Cabalga algún recuerdo sobre mi lomo: piojos sabios

y cobardes.

Déjame verme morir, oscuridad).

II

EN EL festín, sin inocencia, un prisma
de cerrojos abiertos nos profesa
tantos rostros, heridas de algún yo.

En comparsa incendiaria se distienden
perfiles victimarios, apetitos,
frente a un faro ardiente de mastines.

Llama y letra se eclipsan en crepúsculo
que en espirales sellan toda fuga,
todo el cenit del imposible sueño.

Carne y odio procrean su palabra
de mala muerte, de ceniza pútrida
entre encías que sangran la derrota.

*(Una lámpara sorda sobre mí.
Se acerca un hombre con uniforme que hurga mis bolsillos,
me pateo, se marcha.*

*Sería tan fácil aprovechar esas zanjas,
como tumbas abiertas,
que auguran un nuevo drenaje para la ciudad
y arrojarse dentro de ellas, a otro vacío.*

*La vida parece decirme:
“En estos tiempos es difícil encontrar un buen equilibrista”.*

No me siento culpable de nada. Como buen muerto).

12

EN MEDIO de esta tinta que entreteje
la ilesa pesadumbre de la llama,
sólo dioses veneran el reverso
de su estigma: naufragio de la estirpe.

Otros cuerpos musitan la prisión
del silabario poseído en fuego,
donde incursiona la verdad perenne
de amanecer en cada quemadura.

No es ausencia esta noche repetida,
poro a poro, en el faro vigilante.
No es silencio la luz que se confunde
en el mar, duermevela de los miedos.

*(Como todos los viernes, me flagelo.
Hoy es viernes,
ayer es viernes,
mañana es viernes.
Siempre Es.*

*Agito el látigo sicario de las ramera sabias
para deshuesar al sueño que piafa ante mí.
¿Y la esquirra de lo que fue?
Que alguien patee el vientre de un tambor
y anuncie la nada que se finge en rudo centinela:
¡Venga a probar la muerte, venga!*

*Los suicidas tienen sabor a carne,
a cárcel o a cantina.*

¿A eso sabe la muerte? ¿A un dios sin nosotros?).

13

LA TRANSFIGURACIÓN de los vocablos
 teje otra luz contra la luz. Y sangra.
 Así en el mar hay otra lucha turbia
 que enfrenta a los navíos contra el miedo,
 pero el faro vigila esta aventura
 de ser en propia orilla o ser la muerte.

Y nadie sabe de sus brazos rudos
 donde el odio arderá con su elegía
 para fundar la sierpe del destino
 que, en medio de su sombra, dictará
 una, una y otra vez, el canto amargo,
 sempiterno, cenizo, como el humo.

*(Por primera vez el mundo se movió de arriba abajo.
 Nunca había sido así.
 Siempre la tierra desde el calcañal,
 la vida pegada al suelo mugroso,
 el escupitajo aspirando a la sed.*

*Hoy fue diferente.
 La muerte amenazó desde arriba:
 sacudió mi cabeza,
 sin importarle mi cuerpo colgado
 como un fiel espantapájaros.*

*El marasmo ahogó al agua más grosera de mi propio
 [mar enceguecido
 que duerme bajo las costras de mis pies.
 No pude despertar. No, todavía).*

14

DEL APETITO y júbilo sangrantes
se entrevera el oficio del hastío
que verdugos milenios eternizan.

Mastines de la flama resplandecen
en la noche perpetua del flagelo,
del faro parpadeante en el abismo.

En el desvelo de la aurora surge
otra dádiva añeja que no sacia.
Es luna la palabra Alejandría.

Vuelve siempre la imagen del martirio
a la alborada en nupcias con la niebla
y duelen los espejos como un parto.

*(¿Perdí toda fe cuando perdí la tarde y el cabello,
o al contrario?)*

*Sólo sé que huele a orines la mañana sorprendida,
a palabras prófugas y a sudor de siglos.
Qué terribles pruebas de estar vivos.*

*Hoy fue demasiado tarde para morir,
pero nací y maldije el nombre de todos,
condenados a muerte).*

15

¿QUÉ SOMBRA olvida luces entre el árbol
de palabras y torres de silencio?

¿Qué símil en tropel es el exilio
que en la memoria rompe muros, bruma,
para encontrarse en dilatada imagen?

¿Dónde la luz más alta de su faro
duele en prohibido despertar al tiempo?

¿Acaso Euclides, en lejana luz,
no colmó de otra sed la vastedad
de lunas reflejadas en la aurora?

¿Qué naufragio doblega nuestro ahora?
El horizonte olvida al faro. Calla.

*(Nunca cuerpos, ni banderas,
ni ideas trenzadas, imbécil
—díjeme.*

*Sólo es el reclamo
de esta herencia de muerte excesiva.*

*Árida vagina, raíz sin vuelo,
vida en su estrechez sufrida
—me respondí.*

*Hiriente Góngora en el cerebro:
“y el infierno vence con el infierno”.*

Cuántas palabras conocí que de nada han servido).

16

CUÁNTO MIRAR se oculta en el Egipto
entre llamas que fueron una sombra.
El fuego no es ritual en su pasado
ni el sacrificio de la luz un himno.

Volutas merodean ante el faro
que en noche presentida se estremece.
¿O fue en la tarde de algún sueño pálido
donde la insomne Hipatia alzó su muerte?

No hay más señal que la palabra rota.
Alejandría: duelo de estaciones,
alianza de vigilias en espera
del dictado final o del principio.

*(Hoy alcancé a dormir bajo techo.
Antes encontré un cigarro,
un hermano de diez pesos
y un viejo libro de Vallejo que alguien me arrojó a la cara.
No necesité más armas para chingarme al día.*

*Todo se reduce, sin duda,
a una habitación de mala muerte,
a un bocado de aire de mala muerte,
a un puñado de recuerdos de mala muerte.*

*Todo se reduce
a una vida de mala muerte.*

*En este cuarto, que no calla su silencio,
solamente hay una puerta.
Ninguna ventana para arrojarse).*

17

DESDE ENTONCES es la palabra un faro,
helado azogue de perpetuo afán
que en vírgenes plegarias resplandece
para mirar de cerca sus escombros.

¿A quién murmura el desangrado espejo
esta verdad amante que doblega?
En el ayer culmina la arrogancia,
continua perversión de origen magro.

Desde entonces el crimen se pronuncia
en alta voz, sin sombra ni marasmo.
¿Debe el pasado transcribir al odio
que dicta a cada nombre su vigilia?

*(A estos pájaros de alas marchitas,
que se bañan en chapoteaderos improvisados,
nunca los he visto volver, sólo largarse.*

Nunca son los mismos.

*Han renunciado al tiempo,
como lo hizo mi padre y mi memoria.*

*No hay que mirarlos,
acostumbran llevarse nuestras vidas,
como si fueran recuerdos o caricias de murciélago,
y nunca regresan).*

18

ALEJANDRINA NOCHE

acalla al canto inmóvil.
Cielo tras cielo erige
su rostro lo perdido.

Como el azar es tiempo,
natura del relámpago,
apresa al miedo solo:
así la muerte vive.

Como el azar es tiempo,
Alejandría es mito
en cada trazo y voz
donde el ojo se piensa.

*(Reí, bufón,
y fui carcajada.
Híceme el muerto
o fuíme de culo
carcomido, solo.
Vive Dios
o muere yo.*

*Viscera nació
y así moriré.
¡Qué breve canto
es pernoctar,
saber despierto
que se está muerto!
¡Qué fácil apestar!).*

19

DECLINAN LOS nocturnos ser el faro,
coloquio de la hoguera más herida.
¿Qué hacinación de inermes argumentos
puede vencer a voces calcinadas?

Un hombre balbucea silogismos
sobre la senda que no olvida hartazgos.
Reconoce que ha muerto por la noche
y que los días pudren sus papiros.

¿Vive la luz acaso por la nada?
¿Dónde el dolor es inocente y vuelo?
Arde la biblioteca al horizonte,
y es otro faro, el otro fuego albeando.

*(Existo en la muerte que nadie lloraría,
en una vida que me escape todos los días,
en la pasión de una mujer que nunca ha existido,
en la marea roja que envenena mi bahía.*

*Molido como un vidrio me desangro
entre podredumbre o pesadilla
o derrame cerebral.
¿Cómo es el reino de la muerte?
Debo callar a este fuego ruin.*

*Tras el faldón de lluvia, aspiro.
El vicio llega a mis pulmones
como la víbora que muerde –chupa y chupa– a un sueño.
¿Cómo le dicen: áspid, culebra,
sierpe, serpiente, mordedura, ALMA?*

20

ALEJANDRÍA colma de salitre
 al origen del drama en duermevela.
 Parte del faro su alborada lúdica
 donde atesora el presentir ufano.

Se calcinan los labios del papiro.

Muere de luz el eco de la forma,
 vierte a Alejandría en nuestro tiempo,
 inmemorial vacío que devora
 cuerpos de falsos soles y palabra.

Se calcinan las manos del papiro.

Alejandría, exilio de sí misma,
 es luna en mar, vestigio de la llama,
 barro sin rostro en el fatal espejo,
 sangre petrificada entre los párpados.

Se calcinan los ojos del papiro.

*(Sacudí sus hombros y lo enfrenté al vacío.
 No recuerdo muy bien su rostro,
 hermano de sangre y alcohol huérfano,
 parecido al cazador de elefantes en película barata
 al aire público.
 Lo sacudí de nuevo
 y lo tiré desde el borde del faro,
 y, cayendo, gritó mi nombre que ya no recuerdo.
 Cuando convives con el asesino
 sabes que la muerte es un destino claro.
 Todos los pies se hunden, se ahogan,
 al transitar entre el sueño y la vigilia).*

III
(Tercer silencio)

Toda la noche vi crecer el fuego

JOSÉ EMILIO PACHECO

1

DESGARRA AL viento añil la impavidez
de la gaviota en el celaje calmo.
Suena a la distancia el desdén del tiempo
que desliza en la arena milenaria
su hollar de certidumbre y de osamentas.

Jamás el seno de la edad acoge
a las bestias sin luz y sin mirada
que estremecen el vientre de la tarde,
ocultas en su furia, más allá
de los labios que mueren con un grito.

¡Oh, la muerte, la muerte! El estertor
de sí mismo se cubre tras la carne:
el pasado que mira hacia el fracaso
de días venideros, cercanísimos
al horizonte yerto del ahora.

*(Con ojos de lluvia, solo goce ventanero,
atisbo cómo duermen las mujeres.*

*Canta, canta, vida cantando,
en medio de la charca que trago.*

*Caído, en lodo,
es mi único recuerdo de haber nacido.*

*En adustas vértebras miserables,
te sostengo, Vida, y no puedo más.*

*Qué obstinación de cortesana me persigue
para el juego imbécil de escupir al aire
como si fuera el rostro de su pasado.*

Me sumo al carajo universal, plegaria sin fin:

“Podridos míos, Hermanos...”).

2

OTRO SUEÑO del mar enturbia al faro:
temor del día nunca pronunciado.

El miedo se edifica piedra a piedra
como el abismo teje su tragedia.

No hay asilo o piedad para el derrumbe
cuando el ultraje en su dolor se asume.

¿Acaso el arte en claridad vertida
se funda en la ansiedad de la agonía?

Es fuego la heredad de Alejandría,
sentencia que dialoga en la ceniza.

(Yo lo conocí en alguna parte de mi infancia.

¿Fui yo?

“¡El hombre de lata, el hombre de lata!” –le gritaban

[los niños.

No era más

que un hombre arrastrando su propia casa,

mínima fortaleza de retazos de lámina

y con una minúscula hamaca en su interior

donde sólo cabían él y toda su locura.

Ahora, al recobrar estas imágenes,

me pongo a llorar unas frases de rata seca.

Bueno, hasta el mejor boxeador orina sangre –decía mi padre.

Entonces, ¿de qué tendría que preocuparme?

¿De un par de versitos ebrios

que sangran tenuemente?).

3

EN TEMPLO más vacío que la aurora,
el otro fuego cifra y nombra en rostros
el rito de inmolarse sin las llamas.

¿Basta alguna lluvia para apagar
la noche que seduce a lo perdido,
al iracundo filo de la nada?

El humo recrudence la estación
que invade las moradas del sigilo,
¿soportarán las puertas su reclamo?

*(Escucho, bajo la lluvia, a Berlioz.
Alguien pasa ante mi nariz ¿Un transeúnte?,
y dice algo sobre quemar sus naves.
Un hombre y una mujer, tomados de la mano,
restriegan su sonrisilla sobre las banquetas agonizantes,
proscritas.
Y sigo oyendo a Berlioz.
Niños también pasan sobre mí,
pronuncian palabras que desconozco.
Alguna vez yo tuve las mías,
pero fueron devoradas por los perros nocturnos.
No sé desde cuándo soy viejo,
desde cuándo dejaron de crecer mis ojos
y se volvieron ladridos.
Y Berlioz viene desde otro planeta,
librando tendadero de batas, calcetines, sostenes
y calzones maltrechos;
elude al único borracho sobrio,
brinca sobre el hombro de Dios,
y llega, bajo la lluvia, ¡Oh, Berlioz!*

Y no sé quién es Berlioz).

4

ES BALBUCEO esta mirada trunca,
 respiración de faro en agonía,
 historia para el fuego, lluvia eterna.
 Brasas y brasas urden lo perenne,
 sin la postergación que allane al sueño:
 la ebriedad encendida de los hombres.

Ya nadie se pronuncia en el lenguaje
 que sació su heredad en la vorágine.
 Ni la voz ni el silencio son palabras.
 La nada se deshoja en el otoño
 que vio morir, sin piel, a Alejandría.
 Ni la voz ni el silencio son designios.

*(Murió el perro que me asediaba;
 el callejón se inunda con su hedor.
 Un día lo vi sonreír, burlarse de mí, sí.
 Quien ladra al último brama mejor.*

*Celebro con mi último cigarro
 que se ahoga en la flema que me guiña,
 y medito en mi enésima puerta, cerrada,
 asfixiada también en medio de la neurosis,
 de esa tragedia que se ríe de mí
 y de mis botellas vacías.*

*¿Queda algo del día?
 ¿Algo de algo?).*

5

EL ENTONCES fue un ave fragmentada,
vino a la luz para segar ayer,
ninguno más furioso que la tarde
de los cánticos afilados, ciertos.

Cuando el fruto lejano tuvo nombre,
y la arcilla fue barro en otras manos,
pudo el dolor arar desde el principio
y renacer temblando hacia el ocaso.

¿Quién vive en este mundo? ¿La palabra?
¿El otro fuego? ¿Alejandría, acaso?
Gime en celebración la mortandad
en medio del crepúsculo sin gloria.

*(“No se es serio cuando se tienen diecisiete años”
—dice el verso adolescente más viejo del mundo.*

*Pero a mi edad, la muerte se sonríe conmigo
y yo me hago tan solemne como el diablo
que arroja desde la noche inextinguible
la semilla que nace en los cadáveres,
los miedos que despiertan en las tumbas.*

*Y es tiempo de asaltar las calles muertas,
de ocupar los cuerpos vacíos, los sudores,
de sangrar las heridas inútiles,
de besar a los ancianos dormidos y abandonados,
de orinar sobre los sexos abiertos al hastío.*

Como una gota de hombre en las venas de la noche).

6

EMERGE DE la multitud el asco,
atadura del tiempo que se hacina
al llagado confín del vocerío.

Cuellos y puños tensan la penumbra
bajo la sed de un cielo enrojecido:
la ceniza se extiende entre las manos.

En árido paisaje que no finge
van irguiéndose muros y promesas
que el dolor desmorona a dentelladas.

*(“Maldito pájaro negruzco y sordo,
¿qué quieres beber en este charco?,
¿no ves que todos te detestan?”.
Y despierto en mi pesadilla,
dictándome una y otra vez:
“Maldito pájaro negruzco y sordo...”.*

*Entre la vorágine de plumas carcomidas,
el ave sombra parece preguntarme mi nombre.
Y no sé mostrarle mi palabra,
sino el fuego alado que escurre de mi boca alcoholizada).*

7

¿QUÉ INVALIDEZ se vocifera en vilo
como impiadosa sed que el llanto amaga?

Otra luz, otro vértigo, otra lluvia,
alumbran los despojos de los labios,
y fundan la estación de lo pretérito,
el cauce putrefacto de los musgos.

¿En dónde indaga el breve resplandor
su humillación de lápida despierta?

Es el hombre que abraza su tortura
con su sombra de rostro vulnerado,
y a destajo de fe se martiriza
entre columnas ciegas del incendio.

*(La última salida no existe.
Cumpló sesenta años sobre mi sed habitual.
¿No oyes las pisadas de los gatos muertos?)*

*¿Quién llama a la puerta esquizofrénica?
¿Por qué no abre? ¿Por qué no soy yo?
¿No oyes los latidos enfermos de las paredes?*

*El tufo de mi boca
se percibe en rancias palabras.
Y no me deja ver la bahía, pero sí olerla,
fatigarme ante el viento y el salitre.*

*Duelen todos los huesos.
Y apenas anochece).*

8

¿QUÉ FUNDACIÓN es polvo en travesía?
 ¿Fragilidad o nada? ¿Eclipse o río?
 ¿Cuánto de sol o luna en solo verbo?

En lenta herida de cristal respira
 el nombre estacionario de la sangre,
 la fatiga paciente de las horas.

Inaugural es el derrumbe, el fin
 que venera, sin luz, la tiranía
 del tajo abominable sin vigilia.

Al duelo que se traza en la oquedad
 se anuda la inclemencia del ultraje:
 memoria y fuego en pos de Alejandría.

*(Ese niño, el que cuelga de su madre,
 me observa como si fuera un secreto a punto de morir;
 su mirada parece marchitarme más.
 ¿Qué puedo decirle? No hay nada que saber,
 sólo que soy yo, personaje astroso, mierda ambulante,
 su padre, su hermano, él mismo,
 cualquiera.*

*Hago ante él mis trucos de sobrevivencia:
 me arranco el ojo derecho de mi cuenca cómplice,
 desgarro una reverencia,
 digo la última palabra del mundo.
 Pero, ¿quién replica y dice: "Alejandría no es aquí".
 ¿Quién es el cínico que no quiere morir?).*

9

SABRÍA EL tiempo devorante y turbio
maldecir la vigilia de los muros
si el festín de la hoguera se olvidara.

Mas en el sueño nace la memoria
como fatal presagio sin eclipse:
oráculo de un día agonizante.

La estridencia es un arma para el miedo,
dobletes para ser el fuego falso,
evocación pudriendo la palabra.

Así los cielos miran su destino
desde la cripta que cercena el ansia
o el canto que enarbola la tragedia.

*(Y despierto a solas con la muerte entre mis manos.
El pulso de un farol arde en su lenguaje de silencio.
Esta luz que no miente descubre mi sombra
y vocifera las muertes sucesivas
en el espejo de los rostros.*

*Los ruidos nocturnos se hacen invisibles.
Y más lejos de la aspirina,
cerca de la escoria milagrosa,
sobrevivo como buen suicida,
mientras ahogo mi cigarro en una lata con café dadivoso).*

10

NO PURIFICA el fuego su memoria,
 arde sin fin en el azar humano,
 en el nocturno que divulga el miedo,
 como serpiente vomitando en círculos.

Desde el minuto más herido sangra
 la misma voz que recomienza y muere:
 ritual de nadie en nombradía torpe,
 ansia de mundo en el dolor a solas.

Alejandría es rito en el ahora,
 Euclides un silencio, Hipatia luz,
 y el faro es la ceguera del vigía:
 paternidad del humo, solo espejo.

*(En mi trastabilleo esquivo a un adefesio parecido a mí,
 este vago con barniz de mierda y filosofía. Y caigo.*

*Aquí, en el mismo sitio que me vio morir ayer,
 orino sobre todos al nombrarlos: hermanos, padres
 [ancestrales, dioses.*

*Despierto con un pedazo de cristal dentro de la boca:
 gajo de luz endurecida –eso dicta el sueño–,
 que me hace sangrar sin lengua.
 ¿Qué palabra me dije que se ha podrido?
 Me quito la piel y la arrojo a cualquier parte.
 No tengo sed porque me he bebido
 desde mi nariz hasta la rabia carcomida por el olvido.
 Soy en vida mutilada. Y lamo a horcajadas
 [mi pulmón podrido
 ante un espejo vacío que mira hacia la calle vacía.
 Si acaso, sobre algo que aparenta ser un papel,
 escribo un verso desterrado con mi dedo alcohólico
 y flamígero).*

11

TODO ES UMBRAL ante el vestigio infame:
 cicatriz parpadeante contra el faro.
 La mirada es un diálogo perdido
 en el eterno imaginar de Hipatia.

Oculto trance vocifera al fondo
 del júbilo de bronce su estridencia.
 Es el cauterio lágrima o ceniza
 para cegar dolor del frágil fruto.

La tierra se consume. El fuego vive
 aunque vierte el rumor en su fogata
 que el crepúsculo borda como un luto:
 milenios enfermizos de la farsa.

*(El aroma de los orines, tan profundo
 como mi pensamiento temprano de media noche:
 “Si mis dientes son amarillos no es culpa del cigarro,
 sino de la arena que nace de mi desierto.*

A esta edad no distingo a una orgía de un amanecer” –pienso.

Y dejo de pensar y regateo con una mujer en la calle.

*Olor a hembra envejecida. No he visto pechos más derretidos
 ni calcañales tan sucios como sus mismas orejas.*

*Desdentada no sólo su boca,
 sino su ansia de vivir que ni a un perro muerde.*

*Y dejo de regatear y bebo un resplandor
 que penetra por mi fiel garganta;*

*se abre paso ante el Hades de mi boca
 y provoca el parto de vocablos mudos.*

*Un solo trago hace cantar sin misericordia
 al cuervo que sobrevive en mi pecho).*

12

ENTRE ANDAMIOS se forja la garganta.
De siglo en siglo, pieles y naufragio
llamean como instante de ardentía
que la sola razón no testifica.

Sombra sin carne encela a la pupila
de quien mira a su espejo titubeante.
El trueque de la herida no es preciso
para negar la imagen estragada.

No es el rojo preciso, ni el azul
de la aventura su estación de olvido.
A todo paso marcan los verdugos
la herencia cotidiana de ser sangre.

*(La ciudad encelada,
con las nalgas al viento, hediondamente,
mira a las mujeres con su vestido de domingo,
a la gente con su vergüenza de domingo.
¿Qué día es hoy mientras me deslizo?
¿Así lo escribió Bukowsky?
Sí, pero lo hago como un poeta borracho, o al revés,
sobre el pecho sudoroso de Dios,
y espero que me dé la Palabra,
y me la da
y la olvido).*

13

Y LA IMAGEN persigue cuesta abajo
al estío de anécdota distante
que se finca en el templo del martirio.

Y la noche es la voz de la escritura
donde cincel y barro ansían sueños
que en niebla desembocan al papiro.

Y la sombra es la luz de Alejandría,
inscripción lacerante sobre el mármol
que puebla de acertijos la memoria.

Y la nada es el miedo amotinado
ante la pérdida del grave logos
que se yergue en el fuego murmurante.

*(El sonido de un tocacintas se resbala
y se rompe a la orilla de una ventana.
Sangriento que suena Petrucciani;
su música salva mi piel
más mancillada que la cinta.
¿De dónde vienen estas notas?
¿De qué acidia infantil y ceniza?
¿Es mi mente que no soporta más teclado
que su propio infierno ensordecido?).*

14

CON HABITANTES que el abismo erige,
se nutre el esplendor de las hogueras,
del sol menesteroso que devasta
con su orgía de vasta quemadura.

Por el filo de astillas parpadea
el falso goce de los héroes falsos
que, en brama, moran entre sol y olvido:
premonición de fuga a su intemperie.

Sin habitantes que a su fe rumoren
la invalidez erguida de su fuego,
así flagelan la oración del día.
¿Dónde es la noche breve y sin tortura?

(Recuerdo... mi padre sembraba tulipanes.

Una vez regateó contra un príncipe

la sobrevivencia de un árbol

–asesinado técnicamente por una calle–,

y a mi muy pobre padre pobre lo mandaron a la chingada,

como debe ser, como si nada.

*Él habló del oxígeno, del paraíso, de Dios y de los niños,
citó de memoria el salmo 8, la salvación del alma y el día de*

[la creación,

pero de nada sirvió, lo mandaron a la chingada,

como si nada, como debe ser.

Ahora yace bajo tierra

y no hay ningún tulipán, ni un dios siquiera,

que lo proteja con su sombra.

Pero, ¿lo recuerdo como a “Dizzy Atmosphere”

desde su añeja reencarnación gillespiana?

El diablo sí recuerda,

estira el cuello hasta lamer la trompeta más erecta).

15

DE NUEVO es el ayer un río insano
que vocifera en noches sin entrañas
el gemir desatado del papiro.

Inhóspito en el tiempo se revela
el destino inclemente de los nombres,
remembranza perdida en el lenguaje.

Propicia es vana afrenta, su impostura,
mientras la llama esculpe su glosario
que oculta antigua sangre en el silencio.

Devastada pasión de la promesa
conmueve al mar sin horizonte abierto:
desmemoria del fuego, zafia bruma.

*(Sé que soy un hombre porque volteo a todos lados
y escupo.*

*Sé que soy un hombre porque le dije a mi hijo de 9 años
—hace diez siglos—
que Dios no existía, y también escupí.*

*Sé que soy un hombre porque vivo de los demás
y duermo después de las tres de la mañana
y escupo.*

Sé que soy un hombre, pero no estoy seguro.

*A lo mejor soy un gato,
un gato tuerto, sí, que mira a la vida. Y escupo de nuevo,
sobre mí).*

16

NO EL POEMA sangrando a la intemperie
ni el pálido poder de Ptolomeo
fundaron el temor de Alejandría.

Nunca el verso pariendo en claridad
tejió su fuego diferente y sádico
que arrancó la memoria de los hombres.

Existe y fue la historia de un cortejo
que predice su muerte en la palabra
para abismarse en un destino turbio.

Una mujer y un hombre siembran brasas
donde la sed se sacia con el fuego:
florece el odio entre ceniza pétreo.

*(600 años antes conocí a estas mismas putas.
Todo está enfrente de mí.
Aquí se forja el huracán temido,
lejos de la vasta biblioteca y madre,
cerca del asma y del Mar Dios,
entre almendros y flamboyanes,
y todo respira después de los asesinos del grama.*

Ah, el pan sucio de cada día.

*Pero no siempre viví en las calles.
Al principio apesté una habitación
y luego salí, como todos, para apestar la vida.
Un payaso verdadero muere en la pista del circo).*

17

RESPIRAN LOS muñones desde el tajo.
Hoy es la sangre o el silencio o bruma.
Fecha cumpliéndose al nacer la muerte.

Arde el pronombre en su ceniza humeante
y escribe en el enigma toda espera.
Pero el tiempo abandona la palabra.

La identidad no es pertenencia a salvo
ni el cuerpo es un temblor a mediodía.
Siempre es nocturno el fuego que conspira.

(Paso la noche, bien o mal.

Vomito, una y otra vez.

*Me sacudo como el bage de mi infancia
y puedo ver el rostro de mi padre detenido para siempre,
asesinado por el cáncer y el olvido devorador, lentísimo.*

Abro mi tumba y salgo.

Camino y camino.

Pero es tan grande este cementerio).

18

EL ANSIA se calcina en su dictado,
pertinaz es la sed que la doblega.

En medio de la voz fallece el verbo:
Iluminar es falso, un dios de nada.
Aborrecer la noche no es promesa
para afrontar despojos y tortura.

Nada sabe el poema en el desastre,
sólo acosa en fragor su propia muerte.

La lluvia no silencia los vestigios,
respira desde poros vigilantes,
y conoce los rostros del vigía
que se eterniza en los resquicios turbios.

*(¡Ah, la vida! ¡Ah, la muerte! ¡Ah, la vida!
¡Ah, cualquier nada!*

*La espero, fielmente, como todos los días,
y llega, codiciosa, con su pasión de zumbido
para posarse en la punta de mi nariz.*

*Luego se marcha hacia ese destino incierto
de cáscara podrida, de axila indescifrable
o de excremento exhalando su alma a la intemperie.
Y la sigo esperando para ser, aunque sea un instante,
un resplandor real en sus alas fecundas de mosca).*

19

QUÉ PERSISTENCIA delirante aspira
al incendio ulterior de los verdugos.

Luto del día en plena sombra, llaga
de arenas sin voz que forja ríos.
Justo el olvido. Azar de las visiones
sin comienzo ni fin. Solo cadalso.

Lasitud delirante en ardua fiebre:
el crimen se envanece a fuego y sangre.

¿Dónde es dolencia inerme la vigilia
que en el desuello de las horas arde?
¿Dónde el hallazgo en cómplice martirio
esculpe en la ceniza su demencia?

*(Es la memoria inútil quien funda su muerte,
como la vida del fuego que se despoja de sí mismo.
Existe una fisura en la astilla del espejo
que contiene la boca de algún hombre,
fatal y silenciosa para siempre
y sin nadie que pueda abrirla
para mirar sus palabras nunca dichas,
comidas por gusanos).*

20

LLAMEANTES GRITOS pueblan el misterio
en el pavor de un día que se oculta.

Llameantes cielos palidecen sombras
en la embriaguez de muros confundidos.

Llameantes ritos amedrentan albas
en la tersura de la noche impía.

Llameantes luces niegan a la luz
la voluntad del canto y transparencia.

(Relámpagos habían, y más tragos.

En los espejos, nadie.

¿Quién se ríe?

*Conjuro a todas las divinidades
con mi lengua múltiple de dragón alcoholizado.*

Apenas y empieza a llover.

*Ven, lluvia, tócame el miedo,
cágame mi derrota en la cara).*

21

DESDE LA piel incinerada y muda,
que guarda aún el vértigo de Hipatia,
se desangra la noche y su apotegma.

La vida lucha contra ser la vida,
sin conocer del todo el grave oficio
que el paladar del sueño dicta y nombra.

Retiene el arquetipo su orfandad
de llovizna en andamios de estupor,
de diluvio secreto y sin pupilas.

Si Dionisio de Tracia fue lenguaje
que devoró la furia de los fuegos,
¿quién canta, entonces, la pasión del caos?

*(“No había mentira en tu fuego” –me dijeron.
No soy payaso de la calle morbosa
ni del circo de algún dios ni de nadie,
pero sí echo fuego por mis poros.
Este es el incendio que yo soy:
abandono de la palabra, de la acidia y de la fe.
Pero no soy mentira. Existo en mí,
en el vacío de la imagen y semejanza,
como en todos).*

22

DE ESPALDAS al fragor, la trascendencia,
 otras escalas, otros puentes vírgenes
 para medir el paso de los días.

La evocación así rescata al hombre
 y su prólogo trunco en madrugadas:
 ascenso simulado de rituales.

Multitudes de hartazgo fortifican
 al presente de siervos y divinos,
 honran la nada con sus voces altas.

Y no es el fin de la premura humana
 porque el principio humano aún no existe.
 Alejandría es sol jamás mirado.

*(Con la mirada al cielo,
 entre cables eléctricos y aves rezagadas,
 observo la premura de existir, no de vivir,
 de mantener la respiración a flote del asco.*

*¿Morir?
 Para quien acostumbra el silencio y la soledad
 la muerte es un día más.*

*Sin drama, sin tragedias pervertidas,
 las gargantas de los ácidos
 cantan mejor que cualquier lloroso poeta coloquial.
 Dicen “detente”, “avanza”, dirigen la vida
 sin tener que sopranear como pálidas señoritas).*

23

Así, RECIÉN dictado es el silencio,
deshace y nombra nudos de la historia:
qué falso es ser, qué falso es el no ser.

En el rumor que labran los lenguajes
desde el cuello delgado de la historia,
surge un susurro sobre el paginario.

Astilla de papel, posible musgo
creciendo en la ficción más verdadera,
en la escritura astral de la memoria.

*(Muero bajo el tacto agrio de las horas
que escurre su poderío por los poros.
Salivas íntimas claudican
en los umbrales y en los cuerpos más jodidos.*

*Los ayeres
memorizan la muerte.
Ritual acostumbrado
de un hombre
solo
que se desangra.*

*Pero este morir sobre el adoquín ahuesado,
¿se traga con ceniza alcoholizada?).*

24

CABALGA LO invisible, siglo a siglo,
tejido en arcos de aflicción primera.

Alejandría duerme sobre danzas
que llenan de acertijos vagos sueños.

Nadie mira el destello del poniente
que calla para el nunca su pureza.

¿Qué incendio milenario entreteje
la pregunta de ser en el lenguaje?

*(Es un último día que empieza a fragmentarse,
abrevadero de esta lluvia
que arrebató la sangre adherida
al ojo íntimo de la mirada perdida del ventanal.*

*Llueve el paisaje en abismo sediento,
y mi respiración se rompe ante las palabras;
se acumula el polvo de pellejos encogidos
en su acostumbrado recinto de azoro y miedo.
Palpitan los rincones con caricias desamadas:
—“Jódete” —carraspea mi Génesis.*

*Me cercan las paredes enmohecidas.
En la oscuridad de cada lluvia negra
hay un cuerpo ajeno con silueta de pájaro nocturno,
soñándose entre aromas hediondos y miseria.
¿A quién pertenece?).*

25

AQUÍ CALLÓ la alquimia por el fuego.
 En la noche de Bruchium y Serapeum
 (ojos del mundo, silabario y número),
 otras antorchas ciegas desgajaron
 el canto de la estrella y del misterio:

piel incendiada hasta los huesos pálidos.

Diocleciano nombró la flama amante
 y estremeció las voces del mercurio,
 donde el destello murmuraba Dioses
 en cuerpos, lánguidos de tierra y agua,
 que vieron renacerse en el espanto.

El otro fuego es río en el retorno.

*(Los días seguirán poblándose de muertos.
 Cada sed de fuego es sepultada
 entre las lluvias de todos los siglos.
 Las sales que agrietan la garganta, irrumpiéndola,
 se pudren entre la sangre endurecida, dócil.*

*Sé que morirán todos de mí.
 En derredor se juntarán huesos de memoria
 –fatigas hacinadas en carne necesaria–,
 compartiremos la muerte que me sujeta, que nos unió siempre.
 No ocultaré las cenizas de mi boca
 que miente abrevaderos infinitos.
 No estaré a las orillas de mi animal
 que padece desde su fondo las heridas.
 No me rescataré de otros cuerpos.
 No faltará nada más).*

26

ÚLTIMA ESTRELLA, acaso no mirada
 por la frente de Hiparco, se traiciona;
 niega su claridad ante el trasfondo
 que emana el fuego desde su pureza.
 Ni en suma de los astros vence el miedo.
 Un violeta en los ojos se apresura
 para nombrar de nuevo el arquetipo.
 Tan lejano y aquí renace el fuego,
 no la estrella ulterior, sino el inicio.
 Amago del ritual aplaza el fruto.

*(El humo
 una ciudad
 obreros taciturnos
 sólo el viento
 nada se borra
 ni el humo
 ni la ciudad
 ni obreros taciturnos
 sólo el dolor
 o nuestro nombre
 no muslos sino lenguas en la noche
 frotar de cuerpos casi alados
 mágicos y divinos por el alcohol y el asco*

*Un dios
 solo
 como sudor de fábrica
 como un muerto
 en su casa citadina
 de oráculos sin riesgo
 se cierne en ropaje de disputas siempre limpias y sin nadie).*

27

INDÓCIL ES la bruma de orfandades.
 De cuerpo en cuerpo se posterga el mundo.
 Los domésticos ritos, los enseres,
 la biblioteca pálida del tiempo:
 todo es sombra que el rostro reconoce.

En un vulgar sollozo de los días
 se desata la imagen sobre el pánico,
 huésped de extraña fe que nos habita.
 No se puede decir ninguna llama
 donde el fuego desgaja su acertijo.

Es la mañana breve. Son los pájaros.
 Pero no es la oración de Alejandría.

*(2:32 ó 2:33, casi, en el reloj de la explanada pública,
 y Petrucciani, otra vez, puteando en mi cerebro,
 en mi boca que no duerme
 desde años atrás o vidas.
 Todavía es noche y gritan los espejos,
 pero creemos que son los gatos y los niños.
 Y yo, ¿qué en aquel plagio de azogue muerto?
 La estufa dice menos que el hambre.
 Prefiero salir y entro a otra puerta,
 recojo un viejo periódico en el jardín del parque
 y le pongo fecha a la vida.
 La vuelta de la esquina vacía dice "ven, nadie". Y voy).*

28

Si CONFESAMOS el vacío, origen
de la muerte partera que nos marca,
sabremos de los templos y de espadas
donde el Califa y la Cruz confrontaron
sus atributos álgidos de fe.

De impiedad se proclama la victoria
que al misterio tejido de la luz
venció el estruendo y su apotegma vacío.
Toda la furia germinó en silencio
y su fruto cenizo fue negado.

Si la nada es eterna, ¿por qué el tiempo
ha muerto sin haber nacido nunca?
¿No fue Alejandro? ¿No fue el rostro persa
de Estatira o Demetrio de Falera?
¿Y no es esta palabra *Alejandría*?

*(Yo vi sangrar a Dios en una cárcel.
Lo demás sólo engorda el inventario:
credos, adoquín, esos hombres aplomados,
fornicarios, sedimentos de sangre,
perímetros de niños alcohólicos y suicidas,
miradas lapidadas en rostros sin rostro,
pellejos comprimidos en agujeros,
rosas asesinadas en burdeles y en oratorios vacíos,
el camión municipal de la basura que viene a
[disputarnos la vida
o el perro hospital donde murió mi padre.
Mientras,
las hojas del otoño urbano
corren de puntillas como pirujas balsámicas).*

29

NO HAY que indagar bajo los templos solos
ni abrir las grietas de lo que hemos sido.

Un faro sin rapsoda no es un triunfo,
una ciudad en mármol no es finita,
arden desde su sombra atormentada,
acusan el fingir de la razón.

No hay que negarnos la heredad del tiempo
o corromper la cotidiana orgía.

Desde el olvido: Hipatia no es arena.
No es consuelo en la piel sangrar estigmas.
Después de la inocencia: certidumbre.
Nada en la voz para decir el fuego.

*(Sobre las aceras podridas y perfumadas
he conocido a algunos poetas del hedor y la penumbra
que parecen gaviotas posadas en el mar,
pero nunca se atrevieron a caminar sobre él.*

*Estos verseros de la mierda lúcida,
mercenarios onanistas que pretenden
“cantar el dolor del mundo”
y sólo pueden escribir con un dedo metido en el culo,
se van retorciendo y pareciendo a sus (falsos) bastones,
a su retórica de relámpagos ensayados en su espejo
de trágicas niñas quinceañeras,
que engullen historias, templos,
frágiles victorias de las palabras.
Algunos llaman, a este lloriqueo, simplemente oficio.*

Y yo qué sé, si lo he olvidado todo).

30

EL MIEDO es la premisa en el augurio,
espera en el costado del abismo.

El diestro enigma se pertrecha en pieles,
atenaza la ausencia en lo vivido.

Otra pasión de fuegos invocados
fallece ante el dictamen presentido.

Así destella en el astral oteaje
el furor adversario del designio.

*(La ciudad rota por sus enemigos de agosto,
y más puta que la noche,
me mira con sus ojitos sucios;
escucho entre paredes leprosas
sus maullidos de anciana parturienta,
desgarrándose el vientre de gran gata,
como furia estrangulada por sí misma.*

*Me tropiezo en sedimentos de sangre,
me sobran las calles.
Sólo tengo una palabra y mil silencios.*

*Ciudad, lejos de Alejandría.
Cerca de mí, el odio.
Entre los brazos del miedo desmembrado,
hoy o ayer,
siempre es el último día).*

31

DESDE EL viento lejano brama el ponto
y trae con sus hombres el exilio
que abrevará, sin esperarlo, en tierra
firme, en los labios que han sangrado solos
pronunciando horizontes de palabras
y signos de erudita geometría.

En sementera cae una llovizna
donde el fruto amanece entre guijarros.

Otros lenguajes de papiros fieles
desgajarán sus cantos genitales
en el vientre de arena y plenilunio.
Adjetivos de luz al tiempo nombran
para arrullar al hijo alejandrino
que fundará la patria de los faros.

La piedra crece con el fuego eterno
para aromar el sueño *Alejandría*.

*(Caminamos atrapados en las calles
por sus lenguas de luces sordas y mudas,
masticados de ruidos y de gritos,
deglutidos por el tedio
y defecados en el vacío
para desgastar insensibles
nuestra quasi-existencia
en el suicidio de aceptarnos,
en esta infección propia que es la vida).*

IV
(Último silencio)

*El infierno de Dios no necesita
el esplendor del fuego.*

JORGE LUIS BORGES

1

ALEJANDRÍA,
 distante a Heliópolis, a Bagdad, a Managua, a Buenos Aires,
 a Durango, al Río Hondo, a la Calle Ancona de los Cedros,
 pero cercana a la esférica geometría
 que Euclides mira aún en las grullas migratorias.
 ¿O fue en la estrella inicial del alba ensangrentada?

Alguien descifra la hora en el reloj perdido
 desde los ojos de la mujer encinta.

*(Que llueva hoy, siempre, donde nunca es Alejandría,
 para quedarme en las cosas,
 para olvidarme y no ir a la gente oscura
 y encontrarla en la muerte cotidiana
 de poemas milenarios manchados de mierda contemporánea,
 del sueño elegido entre escritorios de vidrio,
 de amorosos cirios de polietileno para los muertos blancos,
 de los amaneceres asesinados en obscenas calles de miseria,
 del amor perfumado y recortado de dogmas
 —esa pasión de Adán burgués
 y su Eva perfectamente domesticada—,
 del dios que llora sobre el rostro de los niños
 y que, a veces, perdonamos.*

*Que llueva hoy, sólo hoy,
 para quedarme en las cosas:
 en la silla, la ventana, en el poema que nunca escribo,
 en el suicidio furtivo con el garfio de la luna).*

2

MÁS DISTANTE Antinoópolis o Syene, Mérida o Valle de Bravo,
 para seguir a pie la orilla líbica hacia Alejandría,
 “*La bella y la adorada*” por los griegos,
 fundada por el macedonio de manos ávidas
 y de pies desnudos que nunca agotaron
 las losas de sus anchas calles.

El tiempo de la tumba, sin ofrendas,
 se coagula ante los páramos de los sueños
 para que la noche abisme el dolor entre el fuego,
 aquél que desató su piel sobre la piel inocente de Hipatia.

¿Cuántas lunas habrá que sumar para el olvido,
 para acallar el último silencio sobre la vergüenza?

Será el discurso final de Dionisio de Tracia
 la voz del advenimiento que abra el pecho de Herón
 y emigre hacia la inteligencia de la altura,
 a la cabeza respirante y púrpura que cante lo perdido.

*(Que llueva hoy, donde nunca es Alejandría, sobre el silencio,
 sobre la única soledad, sobre los párpados desnudos,
 sobre las cóleras insurrectas.*

*Que llueva hoy,
 sobre mí, sobre mi vida.
 Que llueva sobre mi muerte.
 Quiero morir solo,
 sin nadie,
 bajo la lluvia roja).*

3

SE OYE AÚN el estallido de las raíces anudadas,
de las hojas persiguiéndose, como perros voraces,
en las altas heridas de la
única noche,
entre elipses

y parábolas soñadas por Apolonio, el
[de Pérgamo,
el labrador de los senderos presentidos.

Por la misma traición, el viento herido
se desnuda de gaviotas y
de sangre.

En la Isla de Faros se escucha una lamentación en piedra
sin emerger de la indolente grama.

Lo que la noche otorga con su cuerpo
impele al pavor de la otra fe,
herida rasgada sin contrario,
por el rojo y violeta de las conchas marinas más profundas.

*(Qué importa apetecer residuos
sobre el tiempo perdido, la infamia, la debilidad,
si nada es Alejandría,
y nada es cualquier parte.*

*Con la vergüenza entre las nalgas
soportamos, a costa de nosotros mismos,
la debilidad genética de la absoluta cobardía:
comer los excrementos del prójimo
es el pan de todos los días.*

*Ha muerto la lluvia.
Sobre sus restos festina la tarde).*

4

CUANDO LOS gritos parecían inmortales,
el aire se miraba en las pupilas de Hipatia,
abiertas a la muerte hímica,
al linaje que se sacia embebiéndose
y trepida tras los labios del viento.

¿Debemos olvidarnos en el canto,
en la elegía de nosotros mismos?
“Es hora de cerrar tus ojos” –murmura Omar,
con su voz de hijo y de tormenta cálida
(y no es el Califa de la espada ciega,
ni el resplandor de un Dios que cegó a su semejanza).

Pero la lluvia me retiene
con la esperanza del pasado
para decirme que no nací en Egipto
ni bebí un solo amanecer en el Mediterráneo,
ni el Delta del Nilo es mi paisaje.

*(Qué importa proteger acérrimos
la sexualidad convencional de nuestra hembra segura,
la casa de los sudores fieles,
o la vestimenta de imbéciles cotidianos.*

*Qué importa si el pensamiento se miente sólo de luz,
si convertirse de palabras es ocultarse
–a ojos cerrados– en refugios
de supuesta inmortalidad.*

*Sólo la lluvia deshace el orden de las cosas
y estar vivo es la única violencia).*

5

VIVO AQUÍ,
ante la mirada verdearena de una Bahía,
de un mar oscuro que se tragó todos los tiempos.
Vivo en cualquier otra parte de la memoria.

Y sé que llueve
porque *la lluvia alcanza* a todo sitio.
Y llueve en Alejandría en otro instante,
en este parpadeo
de la vida,
de la muerte.

*(Qué puede importar tanto,
si ni siquiera el odio nos sirve.*

*Es la lluvia de la infancia
esta sed que se ha cortado las venas.*

*De toda esta ansia, sólo poseemos la esperanza
de pudrirnos sobre la tierra de los muertos).*



• **Javier España**
Quintana Roo, México, 1960

Es licenciado en Derecho y obtuvo la maestría en psicopedagogía de la educación por la Universidad de La Habana, Cuba. Actualmente es profesor investigador de la Universidad de Quintana Roo. Obtuvo el Premio Especial de literatura “Antonio Mediz Bolio”, otorgado por el gobierno de Yucatán y el Instituto de Cultura del mismo estado, por el poemario *Presencia de otra lluvia*, publicado en 1987; asimismo, el *Premio hispanoamericano de poesía para niños*, otorgado por la Fundación para las Letras Mexicanas, por el libro *La suerte cambia la vida* en 2004. Entre sus libros de poesía publicados destacan los siguientes: *Tras el biombo* (Fondo Editorial Tierra Adentro, CONACULTA, 1991); *Travesía de fuegos perseguidos* (UNAM, Colección El Ala del Tigre, 1993); *Tributo del viandante* (Instituto Mexiquense de Cultura, Colección Cuadernos de Malinalco, Edo. de México, 1998); *Azul deseo de la esfinge* (Universidad de Quintana Roo y Editorial Mantis, Guadalajara, 2000) y *La suerte cambia la vida* (Fondo de Cultura Económica, 2004).

Sobre la tierra de los muertos
se terminó de imprimir
en abril de 2008 en Talleres Gráficos,
en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Los interiores se tiraron sobre couché mate
de 90 grs y la portada sobre cartulina couché
de 169 kg. En su composición tipográfica
se utilizó la familia Cantoria MT.
Se imprimieron mil ejemplares.